

UN MONJE PEREGRINO EN LA ARGENTINA

Introducción

- Desde el 16 de junio hasta el 24 de julio de 1988 tuve el privilegio de visitar muchos de los monasterios de Argentina, pertenecientes a la Congregación del Cono Sur. Lamentablemente el tiempo, las fuerzas y las grandes distancias entre ellos no me permitieron verlos todos, y tampoco ninguno de los de Chile, Paraguay y Uruguay, que también son miembros del Cono Sur.

Sin embargo, gracias a la amabilidad de muchos amigos, especialmente del Padre Pedro Allende osb, Prior del Monasterio Nuestra Señora de la Paz, en Córdoba, quien había sido compañero mío en San Anselmo, Roma, durante los años 1985-87, tuve la posibilidad de visitar todos los monasterios argentinos de monjes y cuatro (de los seis) de monjas benedictinas.

Muchos lectores de este artículo ya me conocen, pero para quienes soy un desconocido me presento: soy monje y sacerdote del Monasterio Cristo en el Desierto, Abiquiú, Nueva México, Estados Unidos. Terminé mis estudios en Roma en junio de 1988, y antes de regresar a mi monasterio, con la bendición de mi Padre Prior, hice un viaje a la Argentina, con la intención de conocer más acerca del estilo de vida y del trabajo en los monasterios del Cono Sur. Esta visita también fue un "intercambio monástico" ya que el Padre Pedro Allende había pasado varias semanas en nuestro monasterio durante las vacaciones de verano de 1986. Asimismo el hecho de que nuestro monasterio tenga una casa dependiente en México (Nuestra Señora de la Soledad), ha puesto a nuestra comunidad en contacto con la floreciente vida monástica en Latinoamérica.

Mi peregrinación por la Argentina me llevó a la conclusión (¡ya en la introducción!) de que la vida monástica benedictina ha encontrado allí un suelo muy fértil, contando con sólidos miembros mayores y jóvenes entusiastas en todos los monasterios que visité. Esta realidad constituye un estímulo y un soporte para todo en toda la vida monástica. El "tiempo de crisis" que experimentaron muchos monasterios parece haber pasado, y predominan ahora la esperanza y el fervor.

Los monasterios que visité (todos benedictinos) son, en el orden en que los conocí, los siguientes: Santa Escolástica; San Benito (Belgrano); "Epifanía", de hermanas benedictinas; San Benito de Luján; Santa María de Los Toldos; La Paz (Córdoba); Gaudium Mariae (Córdoba); Nuestra Sra. de la Fidelidad (San Luis); Madre de la Unidad (Santiago del Estero); Cristo Rey (Siambón, Tucumán); Niño Dios (Entre Ríos); once casas en total. La duración de mi estadía varió, en cada uno, desde una hora (Santa Escolástica), hasta varios días (Luján, Los Toldos, San Luis), y casi tres semanas en La Paz. Reconozco que mi permanencia en ellos no me pudo dar una visión completa de cada comunidad, pero sí ciertamente me permitió apreciar algo de su carácter propio y de su enfoque de la Regla. Como es de esperar, los monasterios de monjas son más difíciles de conocer para un monje, pero al menos alguna participación en la oración y en la recreación de cada una de las casas que visité, así como la conversación con las superioras, me permitió formar una idea de su estilo de vida.

El espíritu de apertura era bastante notable en cada uno de estos monasterios.

Hospitalidad

Desde el comienzo debo decir que mis impresiones sobre todo lo que conocí en Argentina son altamente positivas. La hospitalidad que se me prestó estuvo plenamente en consonancia con la que san Benito hubiese esperado de sus seguidores. En todo momento me sentí avergonzado por la forma en que se me recibía y se me trataba a lo largo de mi estadía. Llegué a los monasterios como un simple peregrino y fui tratado con honor y amor. Sentí que entraba con total facilidad en el ritmo de las casas que visitaba, y podía establecer muchos contactos fraternos.

Cuando releo la crónica que llevé a diario durante mi estancia, la cálida hospitalidad recibida aparece constantemente. Tal vez el mejor ejemplo fue la importuna llegada a Niño Dios —a las 3.30 de la mañana—, que a pesar de todo encontró un vigilante hermano que nos esperaba en la puerta para mostrarnos nuestros cuartos. No podría haberme sentido más “en casa” al ser acogido así, yo estaba seguro de que razonablemente íbamos a tener una espera de dos horas antes de poder entrar realmente al monasterio.

Este es un ejemplo, y me vienen a la memoria otros, como el de los dos hermanos que nos esperaban a medianoche al P. Pedro y a mí, en la estación ferroviaria de Los Toldos, para llevarnos al monasterio; como también cuando nos acompañaron hasta la terminal de colectivos, a las 2 de la mañana (para tomar uno que nunca llegó; pero eso no viene al caso). Verdadero interés y ayuda concreta a lo largo de todo mi camino, sumados a la mejor tradición de hospitalidad monástica.

Al observar a aquellos que llegaban a los monasterios como visitantes o huéspedes, durante mi estadía, me convencí rápidamente de que el trato que recibía yo no estaba reservado sólo a los huéspedes benedictinos. Un huésped que presuntamente se había perdido por los alrededores del Monasterio de La Paz y la rápida acción de toda la comunidad por ayudarlo en esa helada y oscura noche, mostró una admirable preocupación por quienquiera que llegue como huésped.

Vida fraterna

Después de la hospitalidad, el aspecto de la vida monástica que más me impresionó en los monasterios que visité fue el nivel de vida fraterna. Los dos van generalmente de la mano: el trato que se da al extraño es un eco del que se da a los más cercanos. Aunque algunas veces puede suceder que los extraños sean bien tratados y la familia ignorada.

En el Cono Sur encontré fuertes lazos fraternos, y la preocupación por los otros miembros de la comunidad es un valor y una realidad. Confieso que por momentos me fijaba para ver si la misma atención que se me prestaba, en la mesa por ejemplo, también se daba a los hermanos más próximos. Y vi que era así.

La recreación comunitaria y los contactos espontáneos eran dignos de verse, y me mostraron una sólida vida comunitaria, tanto en los momentos de recreación como en las reuniones más formales, en la iglesia y en la mesa.

Silencio

Ahora debo mencionar el papel del silencio en la vida de los monjes y monjas.

Un grupo de hermanos se mostró sorprendido cuando les dije que me había impresionado el espíritu de silencio de su casa. ¡Pienso que no se consideraban un grupo muy callado! Pero les insistí en este punto: mi impresión era que los tiempos de lectio, los pasillos, ciertos recintos, eran respetados como tiempos o lugares de silencio, lo que creaba un sentimiento general de paz en el monasterio. Hay que admitir que ciertas casas son favorecidas por ubicaciones de por sí silenciosas (San Luis, La Paz por ejemplo), pero también en aquellas más próximas a vecindarios y al tráfico (Santiago del Estero, Niño Dios), se cultiva un ambiente de silencio y el respeto por lugares y tiempos de soledad para sus miembros.

Con la esperanzadora afluencia de nuevos candidatos (novicios y postulantes) en los monasterios que visité, podría esperarse alguna dificultad en la promoción del silencio y de la soledad. Sin embargo se ve que se hace lo posible por crear casas silenciosas, sin esfuerzos tensos, pero animando suavemente a los hermanos y hermanas a "permanecer en quietud y conocer" al Señor.

Construcciones

Lo dicho anteriormente me lleva al tema de la "relativamente poca importancia" de los edificios. La frase parece extraña, lo sé, pues los edificios pueden marcar claras diferencias en los monasterios y deben ser cuidadosamente considerados. Pero al pasar a veces rápidamente de una casa a otra (gracias a los medios de transporte argentinos), al ver algunas arquitecturas monásticas hermosas, y otras no tanto, me di cuenta de que lo que más me impresionaba (y evidentemente lo más importante) era la comunidad y que esta y no los edificios, es lo que deja una impresión imborrable.

Un superior del Cono Sur preguntó a un posible candidato el porqué de su preferencia por ese monasterio que en lo material no era ideal para la vida monástica. La respuesta fue simple e iluminadora: porque se encontraba a Dios en ese lugar.

Los bellísimos monasterios de El Siambón y de San Luis son hermosos a la vista y me imagino que eso es un apyo para su vida monástica, pero los que no tienen tan buenos edificios no deben sentirse menos. La más robusta e importante "construcción" es la que se halla dentro de las casas. En último término es este edificio el que debe dar gloria a Dios e inspirar a otros.

Oración común

Como en muchos aspectos, existe también unidad dentro de la diversidad entre los monasterios del Cono Sur que visité. Presumo que esto sucede también en los otros. Entre los puntos de contacto que encontré está el cuidado con que se celebran el Oficio Divino y la Misa. Me impresionó la vitalidad con que se cantan las Horas, el silencio después de cada salmo, y la calidad de la música que oí. Lo mismo puede decirse de la Eucaristía diaria, aunque en algunos lugares mi corazón clamaba por más solemnidad en la Misa (p.ej. canto más bien que recitado del Salmo Responsorial; canto de la Gran Doxología y del Amén; mayor uso del incienso).

Me alegró ver que los huéspedes eran invitados a participar plenamente en los Oficios, y los excelentes libros usados en muchos monasterios, que se sumaban al orden y a la seriedad con que se alaba al Señor.

Fue asimismo muy agradable encontrar diferencias en usos litúrgicos. No olvidaré fácilmente la conmovedora Salve Regina a cuatro voces en Los Toldos, espléndida herencia de sus orígenes suizos. También me causó una fuerte impresión el excelente canto gregoriano en Santa Escolástica y en Luján. Lo que encontraba en las distintas casas era originalidad y creatividad, unida a la tradición, otro signo alentador en el Cono Sur.

Conclusión

No queriendo divagar "sin fin", termino aquí, con estas impresiones generales, después de pasar algunas semanas en varios monasterios. Mientras que mis impresiones son muy positivas, me doy cuenta de que existen problemas, pero vi en monjes y monjas la confianza de que Dios proveerá, y de que las comunidades harán todo lo que pueden por ganar el pan diario, y esforzarse por glorificar a Dios en todo.

Sin lugar a dudas el hecho más significativo de mi peregrinación fue el encontrar, una fría mañana de julio, a un pobre anciano muerto a un costado del camino, no lejos de uno de los monasterios. Después de dar aviso a la policía, etc., dije a mis compañeros: "ahora he visto todo", y el recuerdo no me ha abandonado. Me mostró en la forma más dramática la fragilidad de la vida en todas sus formas, y eso se aplica también a las comunidades. Lo que hoy parece fuerte, puede con facilidad serlo menos mañana, pero eso no es motivo para descorazonarse. Los votos que hemos profesado no son otra cosa que un asentimiento a morir a sí mismo para vivir en Cristo, sin restricciones, y por los misteriosos caminos por los que él nos conduce. Por una paciente perseverancia podremos entrar en la alegría del Reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Monastery of Christ in the Desert
Abiquiu, New Mexico 87510
EEUU

Christian LEISY, osb

* * *